resplandecientes de hermosura, algunas jóvenes que llevaban tras sí las miradas de los transeuntes.

En otra parte se veia llegar á los ricos labradores de los alrededores de Pompeya, en pintorescas *carrucas*, de cuatro asientos, que eran semejantes á nuestras calesas, y que, como éstas, tenian una especie de fuelle que se alzaba ó bajaba á voluntad del que la ocupaba, y de las cuales se hacia uso para los paseos al campo.

En medio de todos estos carruajes se destacaba el *pilentum*, dorada carroza de cuatro ruedas que usaban las matronas en las solemnidades públicas, llevándolas unos, y marchando otros muy despacio al lado de ellas para que montasen cuando á bien lo tuvieran.

Muchas de estas elegantes matronas, vestidas con un lujo asombroso, iban en deslumbrantes sillas, llamadas tambien *pilentum*, y sentadas en blandos y riquísimos almohadones, llevadas por fornidos esclavos, y seguidas de numerosos servidores de ambos sexos, vestidos con sus mas vistosos trajes.

Las pompeyanas, que iban á pié al lado de sus carrozas y de sus sillas, con sus blancas túnicas bordadas con flores de oro, cuyas mangas se sujetaban por curvas armoniosas de dobles botones de perlas, de plata ó de cristal, segun la fortuna de cada una; ceñido el delicado talle por bruñido cinturon de oro, ó por elegantes cordones del mismo codiciado metal; ostentando en sus ebúrneos cuellos deslumbrantes hilos de perlas y brillantes; con sus caprichosos y vistosos peinados; con sus resplandecientes *pallas* ó mantos de púrpura sostenidos en el hombro izquierdo por un magnífico broche; luciendo en sus torneados brazos, ricos pesados y caprichosos brazaletes y pulseras de oro y pedrería; brillando sus manos con los muchos y ricos anillos que llevaban en sus dedos; luciendo en sus orejas costosos pendientes que sonaban por la union de varios enlazados entre sí que tenian costumbre de llevar para escuchar su ruido; calzadas con elegantes borceguíes nácares ó blancos; acompañadas de un numeroso séquito de libertos, de esclavos y de palafreneros, parecian deidades mitológicas que competian en belleza con las diosas mismas que adoraban.

Nada hay de exagerado en el colorido de la pintura que presento.

El lujo era la pasion dominante de las romanas, y las débiles líneas que he trazado describiendo la riqueza que llevaban, no es mas que la descolorida copia del brillante original que á grandes rasgos he trazado.

Aquellas mugeres, en todo lujosas, usaban cortos calzoncillos de una tela finísima, que podria rivalizar con las mas delicadas de nuestro siglo.

A completar el brillante colorido que los ricos trajes de las pompeyanas imprimian en el animado cuadro que presentaba la ciudad en la fiesta de las calendas de Enero, concurrian poderosamente los no menos pintorescos que, segun su estado, clase, edad y condicion vestian los alegres pompeyanos.

Los mantos blancos y de colores, ostentando una bien cortada forma; la corta y airosa túnica de purísima tela de admirable tejido, sujeta á la cintura por un precioso cinturon; las ricas y elegantes sandalias adornadas de cuatro cintas que cruzaban graciosamente la pierna, formaban el poético traje de los hombres de la buena sociedad que no desempeñaban cargo ninguno en la magistratura.

Los abogados, los clientes que con ellos iban, y otras personas distinguidas, vestian la toga redonda, de suave y blanca lana, sin mangas y cerrada por delante, llamada *albati*, porque se lavaba para los dias festivos; los pretendientes de alguna magistratura, á quienes se daab el nombre de *candidati*, llevaban la toga designada con la palabra *candidatus:* esto

es, resplandeciente, proporcionada á honras, puestos y cargos públicos; los jóvenes de familias nobles, hasta los diez y siete años, los sacerdotes y los magistrados mayores vestian la toga *prœtexta*, adornada con una orla ó fleco encarnado al rededor de ella. Vestidos con la toga *libera, pura ó virilis*, de graciosa hechura, iban los jóvenes que habian pasado de los diez y siete años, llevando en ella la *bulla aurea*, corazoncito colocado con objeto de que, al fijar la vista en él, les recordase que eran hombres. Los que habian perdido algun ser querido de la tierra y llevaban luto por su muerte, vestian la toga *pulla*, que era completamente negra. Los libertos llevaban la toga llamada *lorum*, de *lorarius*, que era el esclavo que castigaba á los demas, mientras otros notables ciudadanos se distinguian por la toga *picta*, laboreada de oro y púrpura, y por la *trábea*, que era encarnada y blanca.

Debajo de estas diferentes y distintivas togas llevaban la túnica con mangas, mas corta y angosta que la toga: vestian dos ó mas: la interior de los hombres se llamaba *subucula*, que equivalia á camisa; y la de las mugeres *indusium*, que tiene igual significado.

La túnica exterior que formaba el traje distintivo, revelaba igualmente la condicion de la persona. Los senadores vestian la túnica *laticlavia*, en que lucia una ancha banda tachonada de oro, que cruzaba por delante del pecho. La de los caballeros se llamaba *angusticlavia*, porque era mas estrecha y estaba tambien claveteada de oro. Los que triunfaban vestian la *túnica palmata*, que era encarnada, con banda dorada del ancho de la palma, y el resto de los ciudadanos la túnica recta, que era aquella de cuyo tejido los hilos bajaban rectos.

En medio de aquellos vistosos trajes que, llevados por millares de personas que cruzaban las calles en todas direcciones, remedaban las espumosas olas del mar, ajitadas por el viento y teñidas de múltiples colores por los fulgentes y llameantes rayos del sol, se descubrian el sayo, las airosas clámides y el reluciente casco, que constituian el vestido de los militares romanos.

A completar la bien estudiada armonía de los colores y del gracioso corte del vestido, concurria el poético calzado, que contribuia notablemente á dar mayor realce á las varoniles formas de los airosos pompeyanos.

Ese calzado consistia en elegantes sandalias, mas ó menos lujosas, que les cubria parte de la pierna: llevaba el de los senadores una *C* cosida: el de los patricios, que era mas alto que el de los plebeyos, tenia cuatro cintas para sujetarlo, mientras el de los últimos, que se llamaba *peronis*, esto es, abarca ó calzado de cuero crudo, solo tenia dos correas.

La gente pobre y la del campo usaba gruesos zapatos de ordinario cuero, cuya suela se veia cubierta de anchos clavos; y sus mantos, lo mismo que sus túnicas, se componian de burda y durable tela.

La cabeza, que la llevaban descubierta, y que cuando trataban de cubrirla lo hacian con la extremidad del manto ó con el segmento de la toga que colgaba á la espalda, dejaba admirar su bella forma, y la abundancia y brillantez del cuidado cabello, que lo usaban largo.

Aunque la toga habia sido siempre la pieza que revelaba á los hombres de importancia, de donde la palabra *togatus* significa caballero romano, y aunque, como visto llevamos, la seguian usando los abogados, los clientes, los que pretendian las majistraturas, los jovencitos de familias ilustres y otras muchas personas notables; sin embargo, la toga se encontraba ya en desuso entre la generalidad, que habia adoptado, en su lugar, el manto.

La riqueza en éste, el adorno en la delicada túnica, el lujo en las sandalias, el número de cintas con que las sujetaban, el aire y los modales de los individuos, eran mas que suficien-

tes para distinguir á los nobles de los plebeyos, á los ricos de los pobres, al amo del esclavo, y á los gobernantes de los gobernados.

Un arrogante jóven, de fisonomía simpática, de esbelto cuerpo y varoniles formas, vestido con una lujosa túnica de elegante corte, y llevando con gracia en sus robustos hombros un precioso manto blanco del mas delicado tejido, se veia junto al templo de Júpiter, ocupado en ver pasar á las bellas matronas que cruzaban por aquel sitio.

Su aire de desenfado, sus maneras francas y su desembarazo, daban á conocer al individuo familiarizado con el mundo y con el trato de las clases privilegiadas de la sociedad.

Un hombre como de treinta y cinco años, de traje no menos rico, que marchaba acompañado de otro que no pasaria de los veintiocho, se detuvo á hablarle.

—¿Habeis enviado muchos presentes, querido Salustio?—Le preguntó con aire jovial.

—Mis esclavos no se han ocupado mas que de llevar regalos desde que se levantaron.

—Segun eso, la falanje de cortesanas que os han rendido su albedrío, saborearán con abundancia la dulce miel y los sabrosos higos.

—No: los higos y la miel, querido Diómedes, son para las jóvenes matronas que aspiran á los goces puros del alma, á la union con un jóven que las haga feliz. Para las cortesanas que ya han apurado todos los goces del amor, lo que encierra mas dulzura que la miel y los higos, es el oro y los brillantes.

—Y vos les habeis enviado.....

—A las primeras, panales de miel: á las segundas un bolsillo de oro con un hombre comprando corazones, que es sin duda lo que sucederá todo el año.

—Siempre festivo y original.

—Como vos espléndido y generoso. ¿Y vos, Marcio—añadió Salustio dirigiendo la palabra al jóven que iba con Diómedes—habeis enviado muchos presentes?

—Algunos.

—Si os halláseis en Roma, donde teníais un número considerable de relaciones, el gasto hubiera sido algo mayor que el que habreis tenido aquí.

—Ciertamente—contestó Marcio.

—Mi sobrino—dijo Diómedes—va reduciendo en Pompeya de tal manera el círculo de sus relaciones, que dentro de poco no tendrá á quien enviar presentes. En esto no ha seguido mi marcha; yo, lo mismo cuando me hallaba en Roma que aquí, he tratado de ensanchar el círculo de mis amigos. Estos y mi querida hija Eutima, hacen las delicias de mi vida.

—¡Roma!... Roma tiene para mí dulcísimos recuerdos—dijo Salustio.

—Y para mí—añadió Marcio.

—Como creo que los tiene para todos los que hemos pasado algun tiempo de nuestra juventud en ella—agregó Diómedes.—Pero hay veces que esos dulces recuerdos van acibarados con algun remordimiento.

Marcio se inmutó.

Sulustio soltó una carcajada y exclamó:

—¡Remordimiento!..... Yo no tengo mas remordimiento que el de no haber engañado á mas de las que engañé.

Nuevos grupos de gente se agolparon en aquel instante enfrente del templo.

El número de personas allí reunidas era incalculable.

Casi no habia donde poner los piés.

El que queria salir, era llevado mas adentro por el inmenso oleaje formado por la gente que llegaba.

El terreno que ocupaba Nicea con su enferma y abatida madre, estaba invadido por la multitud.

El ruido del gentío, la debilidad en que la última se hallaba, la enfermedad del corazon que sufria, y la presion en que estaba por la concurrencia, asfixiaban á la abatida enferma.

Un sudor frio corria por su frente, y sus manos dejaban sentir la frialdad del hielo.

Nicea se alarmó.

—Salgamos de aquí, madre mia, para que podais respirar—dijo con cariñosa solicitud.

—Sí..... sí.....porque me ahogo—exclamó con imperceptible acento la doliente.

Nicea presentó el brazo á su amorosa madre para que se apoyase en él, y fortalecida por el amor filial, se abrió paso por entre la multitud hasta lograr salir de aquel sitio.

La enferma, al aspirar otra atmósfera, sintió ensanchársele el corazon, y respiró mas libremente.

Nicea marchaba sin saber por donde iba ni á que sitio dirigirse.

Nunca habian estado en Pompeya, y por lo mismo ignoraban hasta el nombre de las calles.

Así llegaron á un monumento sagrado llamado *Bidental*, y que es, hasta ahora, el único en su género que se ha encontrado en Pompeya.

El *Bidental* era un edificio pequeño, consagrado á la inmolacion de una oveja de dos años, *bidem*, y su forma era la de un templo abierto circular, llamado monopterio.

El diámetro total del *bidental* de Pompeya era de cuatro metros.

Ocho columnas dóricas, de que estaba rodeado, sostenian una cúpula, *tholus*, en que se leia una inscripcion osca que se ha traducido así:

Nitrebius ter meddixtucticus septo conclusit:

"Nitrebio, tres veces meddixtucticus (1), ha encerrado este lugar en este circuito."

Estoy fatigada, descansemos aquí un instante—dijo con fatigado aliento la madre de Nicea, sentándose junto al *bidental*.—Ahora conozco lo dificil de mi empresa.

—¿Lo veis, madre mia?

—Pero traigo conmigo el retrato de la persona que busco, lo enseñaré á todos, y alguno me dirá su nombre.....

Un dolor agudo en el corazon le cortó la palabra, y le hizo exhalar una queja.

—No hableis, madre mia, que el hablar os fatiga y os mata—dijo Nicea reclinándola sobre su pecho.

La enferma llevó la mano al corazon, y oprimió fuertemente el pecho para calmar la aguda punzada que con frecuencia la heria.

Su semblante revelaba el sufrimiento, y sus ojos hundidos y lánguidos, su penosa situacion.

En aquel momento concluia la ceremonia en el templo de Júpiter.

Las autoridades, seguidas del pueblo, se habian dirigido á sus casas.

Muchas personas pasaban por el sitio en que se habian sentado Nicea y su amorosa madre.

[1] *Título del principal magistrado de la Campania.*

Esta, dominada por la idea que la habia llevado á Pompeya, fijaba la vista en cuantos cruzaban por aquel sitio.

Su présago corazon le hacia alimentar la idea de que iba á encontrar lo que buscaba.

Sulustio, Diómedes y su sobrino Marcio, llegaban en aquel momento hablando alegremente.

Al aproximarse á las dos desgraciadas, la voz de uno de ellos llamó la atencion de la enferma.

Animada por una esperanza lisonjera, fijó la vista en él.....

Sus ojos brillaron con la luz del afan y del placer.

El hombre que veia, era el que buscaba.

La emocion que sintió fué intensa.

La sorpresa paralizó el latido de su corazon, produciendo una punzada profundamente aguda.....

Quiso hablar y no pudo.....

Hizo un esfuerzo para levantarse..... la punzada le cortó la respiracion..... dió un grito..... y cayó como un cuerpo herido por el rayo, sobre el regazo de Nicea.

La jóven, asustada y cariñosa, la estrechó entre sus brazos.

Salustio, Diómedes y Marcio pasaron, sin notar aquella escena ni sus desventurados actores.

¿Quién, en medio de la felicidad, se acuerda del que padece?

Los tres amigos desaparecieron entre el gentío.

Nicea, pálida y afligida, tenia fijos los ojos en el cadavérico rostro del ser que le dió la vida y cuyo helado cuerpo trataba de reanimar con su aliento y sus caricias.

El año nuevo empezaba su curso en el inmenso espacio de los tiempos, presajiando á unos abundancia, goces y felicidad.

Para otros hacia su entrada al mundo trayendo en sus aladas horas la miseria y las lágrimas!.....